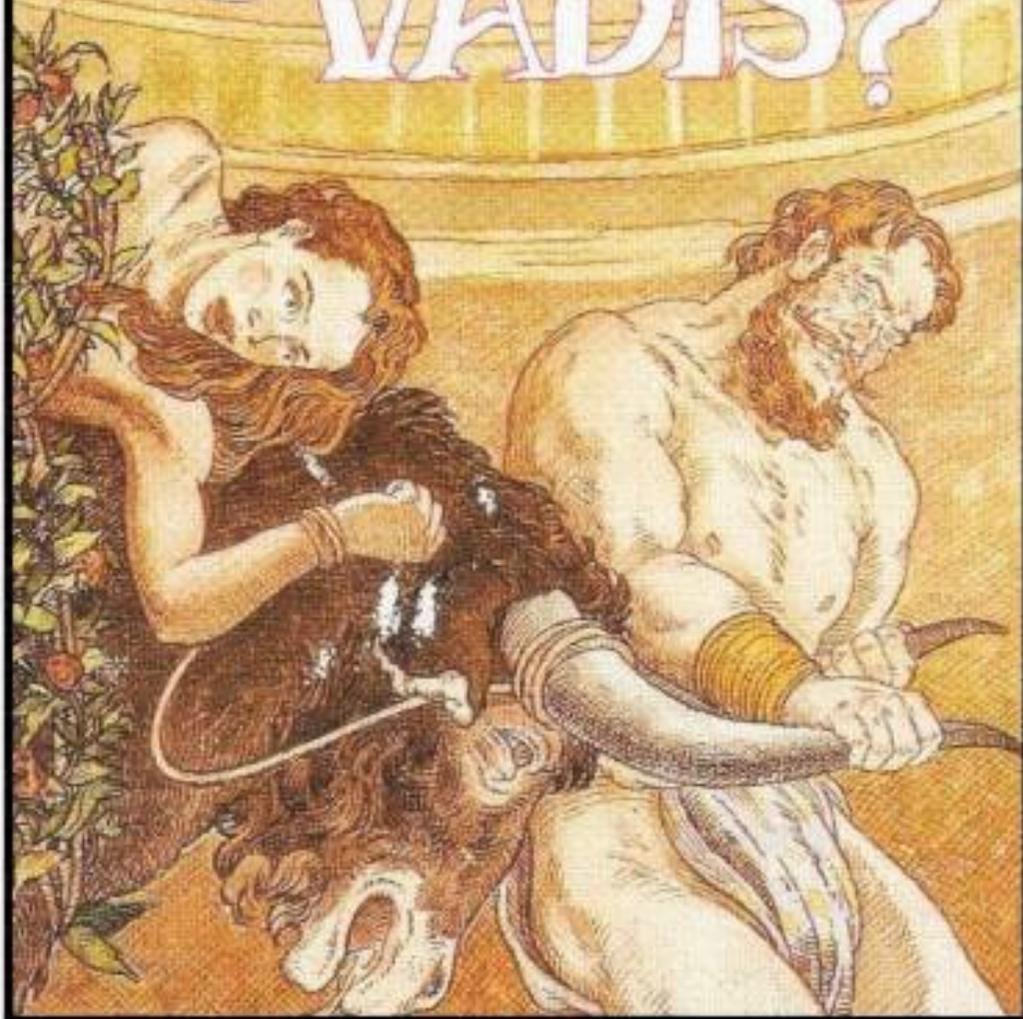


TUS  
LIBROS



# QVO VADIS?

H. Sienkiewicz



Roma, Nerón, Petronio, las persecuciones de los cristianos, el nacimiento de la Iglesia: Quo vadis? En los héroes de esta novela personificó Sienkiewicz a su pueblo sojuzgado, y en «Barba de Bronce», la bota opresora que aplastaba a sus compatriotas. Pero el atractivo de la obra reside en la fuerza de sus personajes, en la habilidad y verosimilitud de su reconstrucción histórica, en la violencia y el drama de sus pasiones, más que en cualquier mensaje doctrinal. Petronio es un ejemplo admirable de creación novelística, y Nerón, aunque caricaturizado, ha servido de modelo a todas las versiones cinematográficas.

# Índice de contenido

Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII  
Capítulo XIII  
Capítulo XIV  
Capítulo XV  
Capítulo XVI  
Capítulo XVII  
Capítulo XVIII  
Capítulo XIX  
Capítulo XX  
Capítulo XXI  
Capítulo XXII  
Capítulo XXIII  
Capítulo XXIV  
Capítulo XXV  
Capítulo XXVI  
Capítulo XXVII  
Capítulo XXVIII  
Capítulo XXIX

Capítulo XXX  
Capítulo XXXI  
Capítulo XXXII  
Capítulo XXXIII  
Capítulo XXXIV  
Capítulo XXXV  
Capítulo XXXVI  
Capítulo XXXVII  
Capítulo XXXVIII  
Capítulo XXXIX  
Capítulo XL  
Capítulo XLI  
Capítulo XLII  
Capítulo XLIII  
Capítulo XLIV  
Capítulo XLV  
Capítulo XLVI  
Capítulo XLVII  
Capítulo XLVIII  
Capítulo XLIX  
Capítulo L  
Capítulo LI  
Capítulo LII  
Capítulo LIII  
Capítulo LIV  
Capítulo LV  
Capítulo LVI  
Capítulo LVII  
Capítulo LVIII  
Capítulo LIX  
Capítulo LX

Capítulo LXI

Capítulo LXII

Capítulo LXIII

Capítulo LXIV

Capítulo LXV

Capítulo LXVI

Capítulo LXVII

Capítulo LXVIII

Capítulo LXIX

Capítulo LXX

Capítulo LXXI

Capítulo LXXII

Capítulo LXXIII

Capítulo LXXIV

Epílogo

Apéndice

Glosario de términos latinos

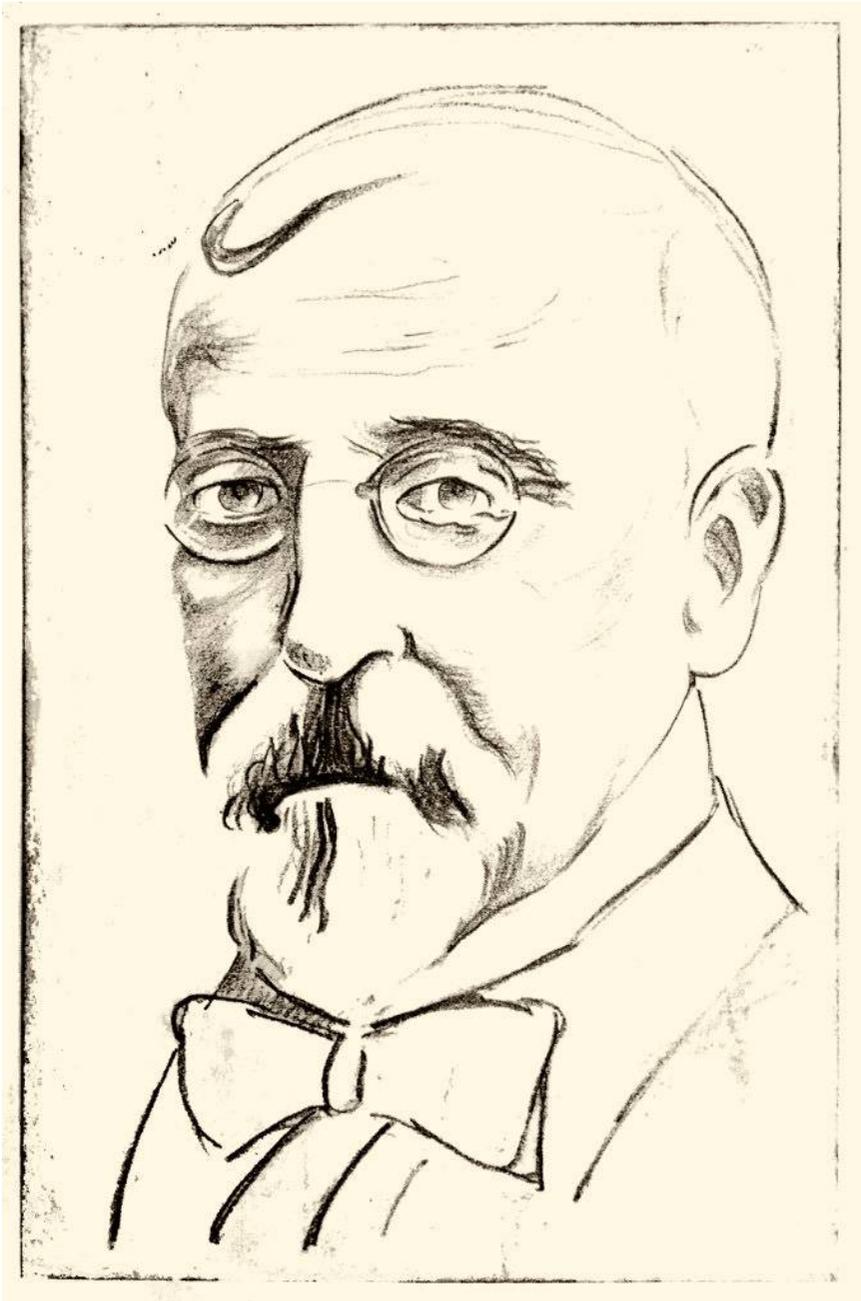
Glosario de términos castellanos

Índice de nombres históricos y geográficos

Guía de las ilustraciones

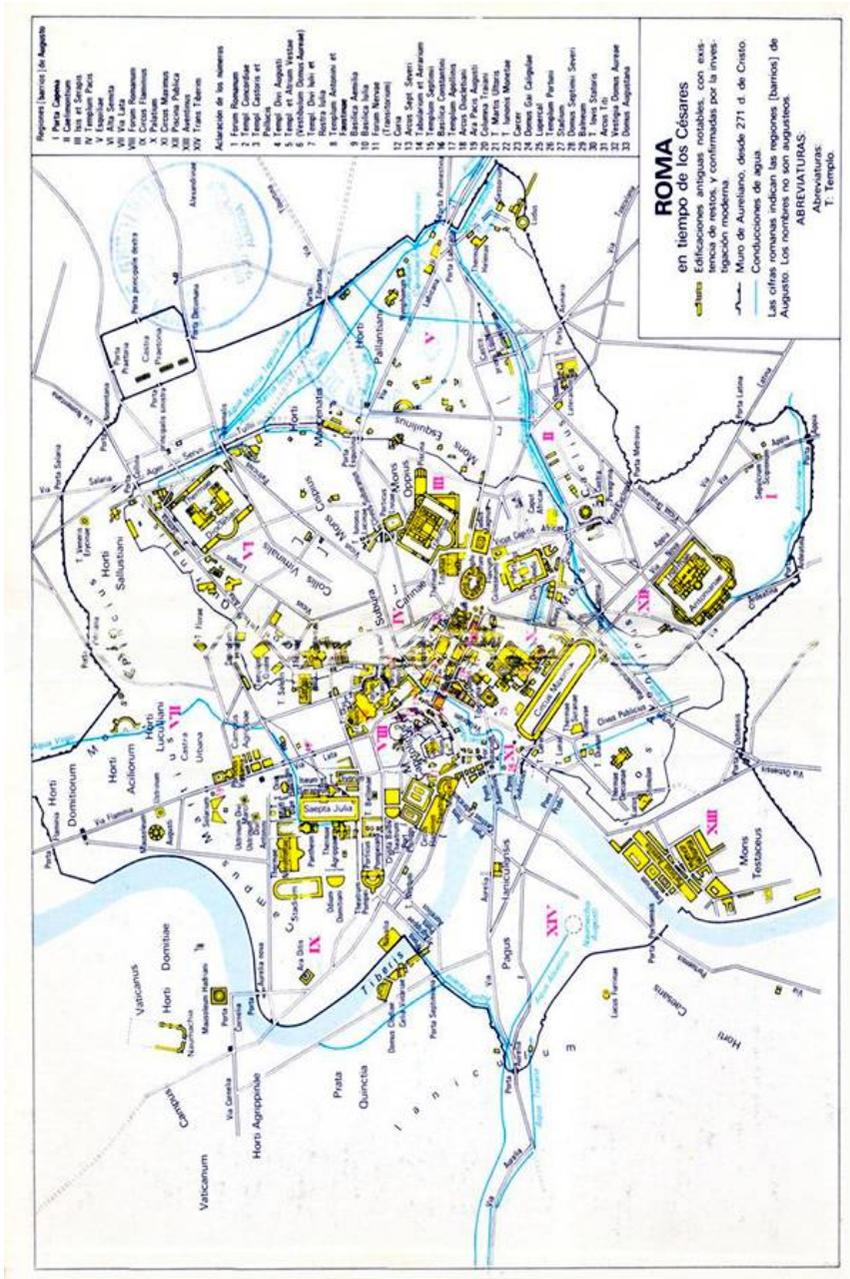
Bibliografía

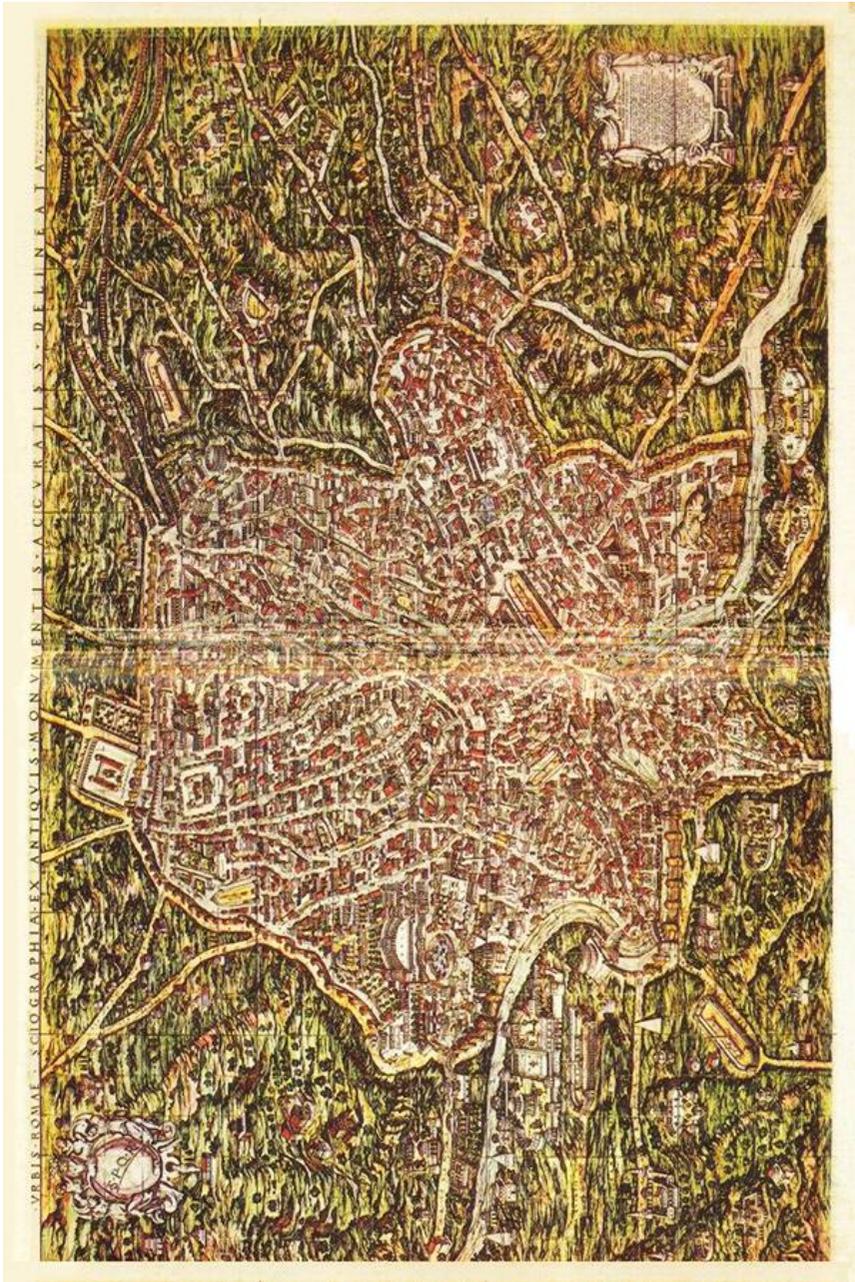
Sobre el autor



La presente obra es traducción directa e íntegra del original polaco publicado por entregas, a partir del 26 de marzo de 1895, en las revistas *Gazeta polska*, de Varsovia, *Czas*, de Cracovia, y *Dziennik poznański*, de Poznań. La traducción se ha realizado sobre la primera edición en forma de libro, tal como ha sido editada por Państwowy Instytut W'ydawniczy, Varsovia, 1961.

Las ilustraciones, originales de Javier Serrano, han sido realizadas expresamente para esta edición.





## Capítulo I

Petronio no se despertó hasta mediodía, y muy cansado, como de costumbre. La víspera había sido invitado de Nerón, y el banquete se había prolongado hasta bien entrada la noche. Desde hacía algún tiempo su salud empezaba a resentirse. Según confesaba, por las mañanas se despertaba completamente embotado e incapaz de poner en orden sus ideas. Pero el baño matinal y un meticuloso masaje dado por hábiles esclavos estimulaban la circulación de su sangre perezosa, terminaban de despertarlo y le devolvían las fuerzas, hasta tal punto que del *oleotechium*<sup>[1]</sup> es decir, del último compartimento de la sala de baños, salía como rejuvenecido, con los ojos chispeantes de ingenio y de alegría, elegante, y tan superior que el propio Otón no habría podido rivalizar con él. Por eso, con toda justicia le denominaban *arbiter elegantiarum*<sup>[2]</sup>.

Sólo acudía a los baños públicos en las raras ocasiones en que un rétor<sup>[3]</sup> que había hecho hablar de él a toda la ciudad iba a ellos a provocar la admiración, o cuando durante las efebías<sup>[4]</sup> se celebraban juegos de interés. En su *insula*<sup>[5]</sup> tenía sus baños particulares, que el célebre compañero de Severo, Céler, había agrandado y reconstruido para él, adornándolos con un gusto tan rebuscado que el mismo Nerón los reconocía superiores a los imperiales, aunque éstos fueran más amplios y de un lujo realmente excepcional.

Después del festín de la víspera, en el que, aburrido al principio por las bufonadas de Vatinio, había discutido con Nerón, Lucano y Séneca sobre si la mujer tenía alma, se ha-

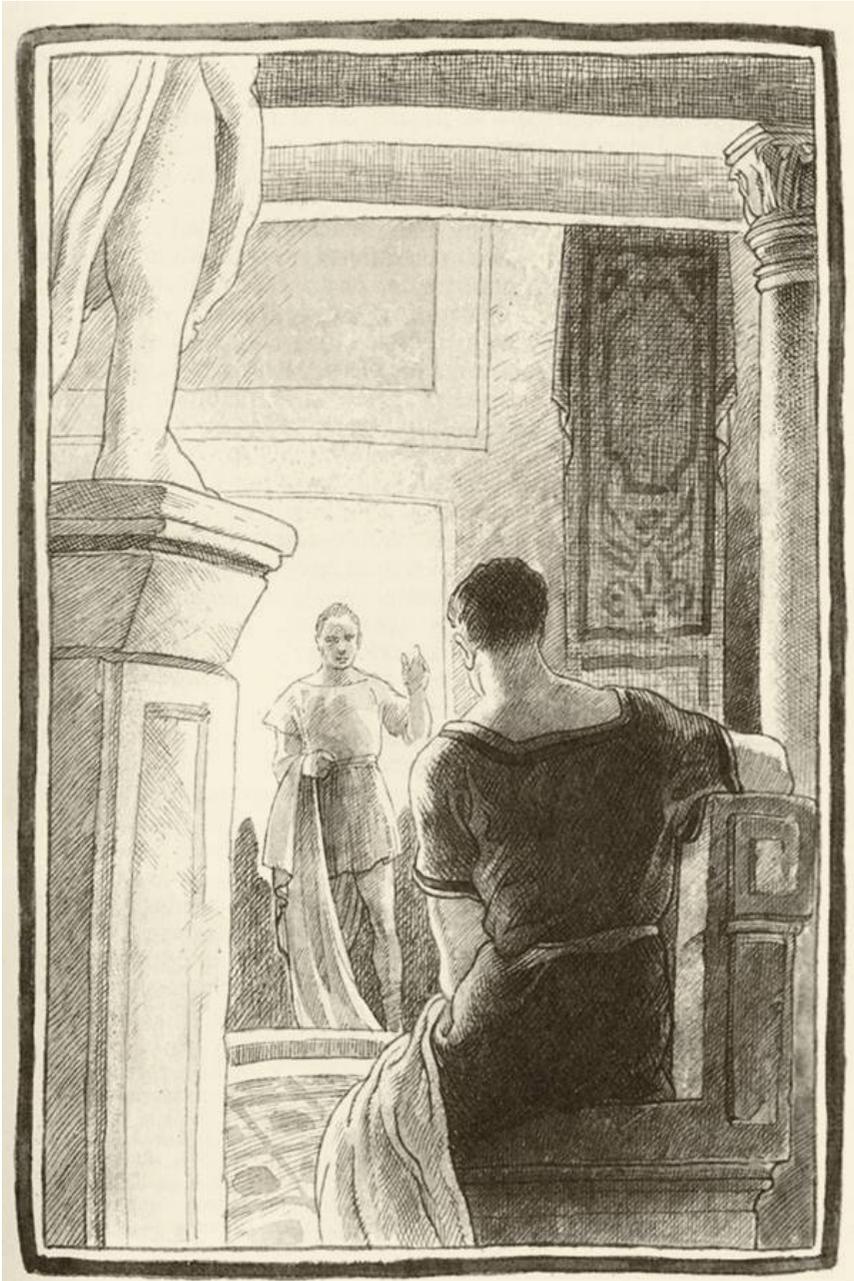
bía levantado tarde y estaba tomando su baño como de costumbre. Dos *balneatores*<sup>[6]</sup> de estatura hercúlea acababan de depositarlo sobre una *mensa*<sup>[7]</sup> de ciprés recubierta de un *byssus*<sup>[8]</sup> egipcio de nívea blanca, y con las palmas de las manos untadas en aceite perfumado habían comenzado a frotar su cuerpo de formas esculturales. Con los ojos cerrados, Petronio esperaba a que el calor del *laconicum*<sup>[9]</sup> y de las manos de sus servidores terminara de penetrar en él y acabara con su fatiga.

Al cabo de unos instantes abrió los ojos y habló: se informó del tiempo que hacía y de las gemas que el joyero Idomeneo tenía que presentarle ese día. Le contestaron que hacía buen tiempo, que de los montes Albanos soplaba una ligera brisa y que las gemas aún no habían llegado. Petronio volvió a cerrar los ojos y mandó que le llevaran al *tepidarium*<sup>[10]</sup>. Pero entonces, alzando la cortina, el *nomenclator*<sup>[11]</sup> anunció la visita del joven Marco Vinicio, recién llegado de Asia Menor.

Petronio ordenó que hicieran pasar al visitante al *tepidarium*, al que también él se dirigió. Vinicio era pariente suyo, hijo de su hermana mayor, que en otro tiempo se había casado con Marco Vinicio, personaje consular en la época de Tiberio. El joven, que acababa de servir a las órdenes de Corbulón contra los partos<sup>[12]</sup>, regresaba a casa una vez acabada la guerra. Petronio sentía por él una debilidad muy cercana al cariño, porque Marco era un hermoso joven de cuerpo atlético que, incluso en medio de la depravación, sabía conservar cierto sentido de la estética: y eso era lo que Petronio estimaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¡Salud, Petronio! —dijo el joven al entrar con paso alerta en el *tepidarium*—. Que todos los dioses te sean propicios y en particular Asclepio y Cipris; porque bajo su doble protección no podrá sucederte ningún mal.

—¡Bienvenido a Roma y que el descanso te sea dulce tras la guerra! —respondió Petronio liberando su mano de los pliegues de un sedoso tejido de lino en que estaba envuelto para tendérsela—. ¿Qué hay de nuevo en Armenia? ¿No llegaste hasta Bitinia durante tu estancia en Asia?



Petronio había sido en otro tiempo procónsul en Bitinia; incluso había mostrado energía y justicia durante su gobierno, contraste singular con el carácter de este hombre famoso por sus gustos afeminados y su sed de lujo. Por eso le gustaba recordar aquellos tiempos que proporcionaban la prueba de lo que habría podido y sabido hacer si hubiera sido de su agrado.

—Tuve ocasión de ir a Heraclea —respondió Vinicio—. Corbulón me envió allá para reclutar refuerzos.

—¡Ah, Heraclea! Allí conocí yo a una muchacha de la Cólquide por la que daría todas las divorciadas de aquí, sin exceptuar a Popea. Pero es una vieja historia. Mejor que me des noticias de la frontera de los partos. Lo cual no impide que esté harto de todos esos vologesos<sup>[13]</sup>, tiridatos<sup>[14]</sup>, tigranes<sup>[15]</sup> y demás bárbaros que, según dice el joven Arulano, en su tierra todavía caminan a cuatro patas y sólo imitan a los hombres en presencia nuestra. Pero en este momento en Roma se habla mucho de ellos, tal vez porque resulta peligroso hablar de otra cosa.

—Esta guerra parece que va mal; si no fuera por Corbulón, podría terminar con una derrota.

—¡Corbulón! ¡Por Baco! Es un verdadero diosecillo de la guerra, un verdadero Marte, un jefe ilustre y al mismo tiempo fogoso, leal y necio. Le aprecio, sólo porque Nerón le teme.

—Corbulón no es ningún necio.

—Tal vez tengas razón; además, importa poco. La necesidad, como dice Pirrón, no es peor que la sabiduría y no se diferencia en nada de ella.

Vinicio empezó a hablarle de la guerra, pero viendo que Petronio entornaba los párpados, y contemplando su rostro cansado y algo desmejorado, el joven cambió de conversación preguntándole solícito por el estado de su salud.

Petronio abrió de nuevo los ojos.

¡La salud!... No, no era demasiado buena. A decir verdad, aún no le ocurría como al joven Sissena, que había lle-

gado a tal grado de insensibilidad física que cuando lo llevaban al baño por la mañana preguntaba: «¿Estoy sentado?». Sin embargo, no se encontraba bien. Vinicio acababa de ponerle bajo la protección de Asclepio y de Cipris. Pero Petronio no tenía ninguna confianza en Asclepio. Ni siquiera se sabía de quién era hijo el tal Asclepio, si de Arsínoe o de Corónide. Y si no se está seguro de la madre, ¿qué se puede decir del padre? ¿Quién puede, en estos tiempos, responder de su propio padre?

En este punto Petronio sonrió prosiguiendo:

—Cierto que hace dos años mandé a Epidauro tres docenas de pájaros vivos y una copa llena de oro, pero ¿sabes por qué? Me decía a mí mismo: «Si no me hace bien, tampoco me hará mal». Si aún quedan personas que hacen sacrificios a los dioses, pienso que todos razonan como yo. ¡Todos!, salvo, tal vez, los muleros que los viajeros alquilan en la Puerta Capena. Además de Asclepio, también he tenido que vérmelas con sus sacerdotes cuando padecí de la vejiga el año pasado. Practicaron para mí incubaciones<sup>[16]</sup>. No ignoraba que eran charlatanes, pero me decía: «¿Qué mal puede hacerme?». El mundo descansa sobre la superchería y la vida es una ilusión. También el alma no es más que una ilusión. Sin embargo hay que emplear mucho la razón para discernir las ilusiones agradables de las que no lo son. En mi *hypocaustum*<sup>[17]</sup> hago quemar madera de cedro rociada de ámbar, porque en la vida prefiero los aromas a la pestilencia. En cuanto a Cipris, bajo cuya égida<sup>[18]</sup> también me has puesto, ha manifestado su protección regalándome con unas punzadas en la pierna derecha. Por lo demás, es una buena diosa. Supongo que tarde o temprano también tú llevarás a su altar unas palomas blancas...

—Sí —respondió Vinicio—. He sido invulnerable a las flechas de los partos, pero el dardo del Amor me ha herido... de forma imprevista, a unos pocos estadios<sup>[19]</sup> de las puertas de la ciudad.